

Rogelio Grillo

La herida perfecta

Murmullo amniótico
 Desperté
 estremecido
 del fuego casi blanco,
 paloma
 surcando los túneles del cuerpo.
 Espasmo hirviente tan duro tan dulce tenacísimo.
 La voz buscaba una boca
 para vivir
 como los pobres.

No le agradaba
 el ajedrez
 en cautiverio.

Un rumor de insectos encrespados
 empuja
 la camisa de las venas.
 Canción de los fantasmas
 insurrectos.
 Los contengo hasta el momento
 de arrojar las palabras
 hacia el aire
 como muelas que han cortado los cordeles.
 Como gorriones borrachos de luna.
 Como hombres de plata caliente.

Soy un árbol preñado de pájaros.
 Espero el grito del arcabuz
 para alumbrar
 las plumas.



Se derrumba el sol al fin.
 En llamas,
 tomo un escalpelo
 y hago luz
 bajo la piel.
 Se abren mis calles
 y florece
 el rugido
 escarlata
 primigenio.

Primera inocencia
 Librado del parto y la luz engeguada,
 el universo me invita
 a beber la savia de su cuerpo.
 Promete los misterios,
 el cielo
 y el amor,
 las venas,
 la lujuria
 y el río.
 Dibuja un jardín de ilusiones platinadas,
 brillantes mentiras de cromo
 (abalorios de colores).
 Acepto la promesa
 (y el engaño).
 Sonríó viendo la espuma en mis manos.



Reposo en la dulzura
 Mover las alas dormidas
 destejendo el cielo
 remontar el viento hasta el nudo del asombro
 engendrar claveles y peces
 esa es la miel que bebo
 para pausar la grieta de las lágrimas.
 (Vestido sólo de inocencia ignoro las espinas.)
 No las veo.
 No me hieren.
 Deshilo el tiempo
 y sin saberlo
 pongo el huevo de la pena.